

Araceli Damián*

Un peligro para México

Por si usted no se ha dado cuenta, vivimos en un país llamado Calderolandia.

De acuerdo con Felipe Calderón, ésta es una tierra próspera, en que la crisis global más profunda registrada después de la Segunda Guerra Mundial sólo afectará levemente el ritmo de crecimiento económico (¿cuál?), recuperándose éste en menos de un año, con tasas similares a las observadas en China, creando además 1.5 millones de empleos al año y permitiendo que el país se cuele como la cuarta potencia mundial en unas tres décadas.

En el imaginario de quien ostenta el título de presidente, sólo se requiere de optimismo y buena cara para superar la recesión económica: ¡fuera catastrofismo! Nos pide que olvidemos los signos económicos negativos que aparecen a diario, ya que está convencido de que la tormenta, perdón, el catarrito, habrá finalizado para mediados del presente año.

El mundo fantástico de Felipe Calderón, a pesar del cúmulo de datos económicos desfavorables en el mundo y en México, puede responder a dos razones, entre otras muchas. La primera es que está dominado por el pensamiento mágico, y la segunda es que cree en la ingenuidad infinita de los mexicanos, incluyendo a los propios empresarios.

Su pensamiento mágico puede estar alimentado por el hecho de que cree (como lo ha afirmado públicamente en varias ocasiones) que su llegada a la presidencia responde a sus deseos más íntimos, que lo llevaron a enfrentar vicisitudes que otros no hubiesen superado. Si piensa que ello fue así, por qué no suponer que los problemas se resuelven poniendo buena cara al mal tiempo.

Cualquier observador sabe que Calderón llegó al poder porque México no ha superado el añejo autoritarismo que corroe a toda la sociedad. La clase política mexicana y los grupos de poder (que succionan sin cesar la riqueza nacional) lo apoyaron descarada y desmedidamente.

Estos grupos nunca previeron las consecuencias de permitir la llegada de México a la democracia. Para ellos, la democracia llevó a Fox a la presidencia, pero no había

de qué preocuparse; los mismos cínicos que ahora reconocen que el Fobaproa costó al erario 20 por ciento del PIB, siguieron gozando de los privilegios de siempre.

Seis años más tarde esa democracia no les funcionó más, se vieron amenazados con la pérdida de sus privilegios ante Andrés Manuel López Obrador, un político fresco, honrado e interesado por la gente. Inviertieron dinero, presionaron a jueces y a formadores de opinión, envenenaron las instituciones, hicieron de todo con tal de unguir como presidente a Calderón.

Los representantes de esos grupos privilegiados esperan que ahora que ven amenazados sus intereses por la crisis, Calderón ponga todos los recursos y capacidades del gobierno federal (como cuando se creó el Fobaproa) al servicio de sus propios intereses. Esperan que Calderón no los defraude.

Pero Calderón está fallando y tal vez por eso intente convencer con cuentos de hadas a los grupos de poder que lo llevaron a la presidencia, diciéndoles que las cosas no saldrán tan mal.

Desafortunadamente para todos ellos, y para nosotros también, que sí creímos en la democracia, la crisis ha puesto de manifiesto que Calderón y su equipo no saben cómo enfrentarla. No saben porque vienen de una escuela de pensamiento económico, la neoliberal, en la que no se hace nada, se deja que todo se resuelva mediante la "mano invisible" del mercado.

Podemos también suponer que la actitud de Calderón responde al comportamiento que ha mostrado desde que figuró como pieza clave del panismo, o sea que se guía por lo que el filósofo mexicano Adolfo Sánchez Vázquez denominó realismo político, es decir "la búsqueda de ciertos efectos a cualquier precio, cualesquiera que sean los medios a que haya que recurrir, con la consiguiente exclusión de la moral" (Ética, Paidós, 1978, p. 91). Para él, mentir sobre la situación real de la economía no tiene importancia desde el punto de vista moral; políticamente conviene mantener



Fecha 09.02.2009	Sección Economía	Página 16
----------------------------	----------------------------	---------------------

una imagen triunfalista ahora que se avecinan las elecciones.

Pero tanto el pensamiento mágico como el realismo político nos llevan a situaciones catastróficas. El pensamiento mágico es una de las características de los pueblos primitivos y constituye parte esencial del desarrollo temprano infantil. A medida que los pueblos se desarrollan (y los individuos crecen) el pensamiento mágico va disminuyendo, lo que permite al ser humano liberarse y desarrollarse plenamente. Pero si no se supera se da una terrible disociación entre la realidad y el pensamiento, lo que no permite tomar decisiones acordes con las situaciones que se presentan día a día. Una persona en el poder con estas características es un peligro para México.

El realismo político lleva a quien lo practica a una disociación entre la moral individual y la social (que rige las relaciones entre individuos) y, por tanto, para lograr los objetivos (mantener al panismo en el poder, por ejemplo) se hace uso de cualquier medio: la agresión, el engaño, la presión en todas las formas, la violación de los compromisos contraídos, etcétera.

Como diría Sánchez Vázquez "el realismo político aspira así a sustraer los actos políticos, en nombre de la legitimidad de los fines, a toda valoración moral". ☒

*El Colegio de México
adamian@colmex.mx